

JULIETA SANTOS

DESDE TUCUMÁN, LA ARTISTA TRANSFORMA
OBJETOS COTIDIANOS EN MINIATURAS
HIPERREALISTAS

— texto de Flavia Tomaello —

El kitsch nació mucho antes de convertirse en una palabra cómoda para definir lo que se sale de la norma. A fines del siglo XIX, en los salones europeos, empezó a nombrar aquello que parecía excesivo, sentimental, demasiado colorido para los cánones del buen gusto. Con el tiempo dejó de ser un desvío para volverse una estética en sí misma, una forma de reivindicar lo emotivo frente a lo solemne, lo popular frente a lo académico. El kitsch, en su versión más honesta, siempre tuvo algo de refugio, un espacio donde la memoria afectiva se permite brillar sin pedir permiso.

En ese territorio se mueve Julieta Santos. Su obra dialoga con lo kitsch sin ironía y reivindica la identidad cultural desde lo íntimo. Una artista que convierte lo pequeño en una experiencia poderosa. Nació en San Miguel de Tucumán, en noviembre de 1993, la menor de dos hermanos, hija de Rosalía y Rubén, hermana de Nadia. Creció entre juegos compartidos, casitas armadas con sábanas, cocinitas improvisadas con tutucas, pufitos, chizitos y palitos salados, tardes donde la imaginación hacía detechoydemesa. Soñó, durante un tiempo, con ser azafata. Las miniaturas, sin embargo, ya estaban ahí, como una señal temprana. Pasaba horas creando accesorios para sus muñecas, desde la comida hasta la ropa. La atracción por lo pequeño nunca se fue, solo encontró, con los años, su forma definitiva.

“La elección de trabajar con miniaturas nació ya de adulta—dice—. Ya había salido de la Escuela de Artes y estudiaba Diseño de Indumentaria. Un día me encontré con que todos los juguetes de mi infancia, que eran bastantes y que estaban guardados en la casa de mi madre, habían sido regalados. Eso me produjo mucha nostalgia, así que decidí coleccionar y experimentar con accesorios, aunque por aquel entonces estaba lejos de imaginar que todo eso me llevaría a crear Plutonia”.

—¿Recordás el primer objeto en miniatura que te inspiró?

—Fue el Mini Nenuco, muy popular en ese momento y que venía con un set de accesorios adorables. Aún más entrañable fue un juego de vajillas para muñecas que gané en un sorteo para el Día del Niño, superhermoso, repleto de accesorios y muy colorido.

—¿Qué te atrae del mundo mini?

—En cada vez pieza existe un desafío real, crear un objeto de una escala muy pequeña con el mayor realismo posible. Disfruto cuando la gente reconoce los objetos y se transporta a esos momentos del pasado que aún forman parte de tiempos felices e íntimos.



GENTILEZA JULIETA SANTOS

EL UNIVERSO DE LO DIMINUTO

Entre las miniaturas hiperrealistas de Julieta Santos se pueden encontrar milanesas con forma de la Argentina, una clásica chocotorta, empanadas, pizzas y unos cuantos platos más hechos con precisión milimétrica



—Tu estética coquetea con lo kitsch, pero sin ironía. ¿Cómo definís ese equilibrio?

—Me gusta que mis accesorios sean piezas no convencionales y que a la vez puedan generar emociones y reacciones. Existe también un acto de revalorizar nuestras costumbres y la nostalgia de nuestro país. Creo que ahí reside el equilibrio entre el arte y nuestra identidad.

—¿Cómo decidís qué objetos convertirás en miniaturas?

—La selección nace de diversas fuentes. La primaria son los recuerdos de mi infancia y mis vivencias influenciadas por nuestra cultura. Luego hago una curaduría e intento elegir objetos que se dejaron de producir pero siguen ahí, en el consiente colectivo, sumando un valor emocional.

—¿Qué criterios seguís para elegir paletas y materiales?

—Una de las pautas es que el objeto perdure en el tiempo, con un acabado prolijo que permita lograr el mayor realismo posible. Eso guía la elección de materiales, cada pieza es única y se crea con diferentes técnicas. Suelo trabajar con una paleta de colores tierras y pasteles. El modelado puede ser con arcilla polimérica o resina UV, el acabado final con barnices, esmaltes, pinturas acrílicas o tizas pastel, siempre según cómo se comportan unos materiales con otros.

—¿Qué rol tienen la nostalgia y la fantasía en tu obra?

—Son el motor creativo, el elemento primario junto a los recuerdos, la añoranza y esas tardes interminables de mi niñez. Hoy puedo aprovechar el valor de la improvisación, el juego y la creatividad artística como espacios de reflexión y autodescubrimiento personal.

—¿Qué artistas, diseñadores o corrientes sentís que te formaron visualmente?

—El movimiento que siempre me gustó es el surrealismo pop o low-brow, con artistas como Mark Ryden y Benjamin Constantine. Del surrealismo, mis preferidos son Georges Méliès y John Craig.

—¿Cómo convive tu oficio manual con el ecosistema digital donde tu obra se ve ampliada y pierde su escala real?

—Me gusta jugar con la percepción. Muchas personas en Instagram se interesan en una publicación pensando que la pieza es de tamaño normal y se asombran cuando descubren que es una miniatura. Se genera una mezcla de confusión y asombro que me encanta. La clave está en el contenido, fotografías de excelente calidad y videos donde muestro el proceso de creación. Así se hace evidente la delicadeza con la que manipulo herramientas y materiales para generar texturas y acabados, permitiendo apreciar lo minucioso del trabajo. ●